

que, seguramente, sólo podrán presentarse las personas que tengan dinero para pagar una academia entretanto y que puedan perder uno o dos años, porque la situación económica familiar es desahogada y se pueden permitir esos lujos.

Además de que nosotros hemos tenido que sufrir otros exámenes, como las dos reválidas y un curso, que ahora no sirven para nada, que es COU, todo lo que ya ha ido eliminando a los menos estudiosos. ¿Es justo que se nos ponga un muro en la entrada cuando los profesores de la Universidad ya se encargan de suspender a muchos de nosotros? Por lo visto, sí. Con esto, seremos muchos los que nos jugaremos entrar en la Universidad a una carta, en un examen y conseguirán plaza los superdotados que tengan medios económicos para poder participar en más de un examen.

Pedimos que no se nos prive de este derecho, queremos estudiar y la selectividad nos lo impide. ■ ALUMNOS DE COU.

CONCIERTO

Para cualquiera que le guste la música como a mí, debe ser motivo de regocijo el pensar que podrá asistir a un concierto, y más si se trata de la música preferida.

Hace unos días estuve en Barcelona, y a las puertas del Palau de la música pude ver el programa para el día 21, jueves. El famoso organista Karl Ritter interpretaría obras de Bach, para órgano. Un magnífico concierto. Entradas de general a ochenta pesetas. Como no residía en la capital, pedí a unos amigos que me sacaran una entrada de general. Muy solícitos me prometieron que lo harían, y alguno se animó a asistir conmigo al concierto. Durante la semana todas mis ilusiones estuvieron centradas en esperar a que llegara el jueves. Para poder asistir tuve que hacer doscientos kilómetros, no cenar esa noche y dormir tres horas para poder estar al día siguiente en mi trabajo. De nuevo a las puertas del Palau el jueves, no había entradas para mí. Mis amigos lo ha-

bían intentado el martes y miércoles, pero habría que esperar al mismo día del concierto en el que se venderían de siete a nueve. Se abrió la taquilla, pero ya no había ¡Se han acabado! ¿Pero cuándo? Sólo quedaba la esperanza de alguna devolución de última hora. Tampoco había reventa, hubiera pagado hasta quinientas pesetas, más no podía. Cuando se desea una cosa se agotan todas las posibilidades. Tuve que hacer como los demás —no era yo el único que se encontraba en esta si-

tuación— tomar un folio y escribir: NECESITO ENTRADA.

Como la competencia era mucha y las ayudas pocas, teníamos que preguntar a todo el que llegaba si le sobraba alguna entrada, no con poca vergüenza por nuestra parte, puesto que en la mayoría de los casos despertaban la hilaridad nuestros carteles, que algunos, cansados de exhibirlos en la mano, los habían prendido de la solapa con un imperdible. De momento, una esperanza. Una señorita nos da un telefonazo de un posible rezagado. Dos llamadas y de nuevo a esperar. De unos cien jóvenes que esperábamos en un principio, ya sólo quedábamos unos treinta, el concierto ya había comenzado. De la puerta pasamos al vestíbulo porque teníamos frío. Durante este tiempo estuve observando que los que esperábamos teníamos semejanza. Todos jóvenes y con indumentarias medianas. Estudiantes, sin duda. Llegaron a mis oídos los aplausos y escasamente una docena de notas del órgano mezcladas con un sinfín de ruidos exteriores.

Acabó la primera parte y vimos salir todo el público de general. Mayores, elegantes, serios. Esperaba oír algunos comentarios, me habría conformado, pero se hablaba de otras cosas. Después, todos a sus sitios. Nuestra última esperanza era que, como he visto en otras ocasiones, nos dejaran pasar a los pacientes melómanos y, de pie, recibiéramos nuestro premio. Nadie nos vio. Ya sólo quedábamos diez. Yo me preguntaba ¿Si les gusta la música, por qué consienten que nos quedemos fuera? Comenzada la segunda parte esperamos media hora, y después pregunté si había alguna posibilidad de pasar. Podría ser entre las dos tocatas y fugas. Con una áspera sonrisa me respondieron, ¡no puede ser!

Mi mala suerte es que me gusta más la música que el fútbol, en un partido no habría tenido problemas, caben todos, en Palau sobrábamos diez. Me consuela pensar que se me ha cerrado la puerta de un concierto y no otra de las que espero encontrar abiertas. ■ PEDRO OSO (Cardona) Barcelona.



•POLEMICA•POLEMICA•POLEMICA•POLEMICA•POLEMICA•P

Machismo y feminismo

Querida María Luz Herrera; Ha leído usted con poco humor la entrevista de Plinio Apuleyo (1); a mí tampoco me gustó mucho, pero no era para tanto. No estoy contra la liberación de la mujer; deploro que haya países, como España y el Perú, donde existe todavía una legislación discriminatoria que reconoce al hombre ciertos derechos y se los niega a la mujer, y apoya resueltamente cualquier movimiento encaminado a conseguir una perfecta igualdad entre ambos sexos en el trabajo, la educación, la vida política y social. Pese a lo mal educado que estoy, no tengo inconveniente tampoco en que se distribuyan equitativamente las tareas domésticas, y estoy tratando de poner en práctica este principio limpiándole el pipí y dándole el biberón a mi hija Morgana, operacio-

nes que por el momento me producen casi tanta alegría como escribir.

Mis prevenciones contra ciertos movimientos feministas son idénticas a las que me inspiran esos movimientos masculinistas (verbigracia: las órdenes religiosas) que ven en el sexo opuesto la raíz de todos los males y desgracias, y predicán, en consecuencia, la incomunicación sexual. Ahora mismo hay, en la revista "Caretas", de mi país, una polémica en la que una dirigente feminista, Luciana Biseo de Fuchs, propone a sus compañeras que sustituyan con un "vibrador eléctrico" a los hombres, "seres desvitalizados, alienados, alcoholizados, inseguros, incapaces de comunicación y, en fin, impotentes totales para el sexo y el amor". Esta propuesta y otras de la misma índole —como la del lesbianismo exclusivo y excluyente— las oi-

defender con energía y virulencia en Nueva York durante una reunión de las Daughters of Bilitis, y ellas han sido fundamentadas en los últimos años, con talento y brillo, por escritoras tan respetables como Susan Sontag o Kate Millet. Confieso que me espeluzna la perspectiva de una sociedad donde la liberación de la mujer se habría alcanzado al precio de la abolición absoluta de la relación intersexual, donde la reproducción sería encomendada a las probetas y donde hombres y mujeres vivirían separados por barreras infranqueables. Esta utopía me produce tanto horror como la del asexualizado paraíso terrenal de los catecismos, porque ambas me parecen inhumanas. Son, en el fondo, utopías puritanas y el puritanismo, como la Historia ha mostrado de sobra, no ha significado jamás la liberación del ser humano, sino siempre su esclavización.

Esa es mi objeción a las feministas que entienden su combate como una guerra no para perfeccionar y enriquecer, igualándolas, las relaciones intersexuales, sino para erradicarlas. Creo que si esa química se materializara, no quedaría derrotado el "chauvinismo fálico", sino más bien, una de las fuentes primordiales de la felicidad humana. Usted se equivoca cuando piensa que defiende el erotismo como un privilegio del varón. No; mi escasa práctica me ha demostrado que mientras más "experimentada y sin miedo" es una mujer en este dominio, las cosas van mejor. Mi alusión a los conventos del siglo XVIII (era una cita de Roger Vailland) no quería decir que lo admirable de las jóvenes formadas en ellos fuera su inexperiencia y su miedo, sino precisamente lo contrario: lo soberanas y adultas que en todos los sentidos salían de los noviciados (si se les puede creer a

Diderot y a ciertos escritores malditos).

Me apena mucho que me haya tomado por un enemigo de la causa de la mujer. Ahora mismo llevo varios meses escribiendo la alabanza de una mujer desprejuiciada y admirable, una rebelde que, en condiciones difíciles y con un coraje magnífico, luchó por su liberación y las de su sexo en la dirección que a mí me gusta, es decir, para suprimir no el diálogo intersexual y el placer, sino las barreras de todo orden, religioso, moral y social que lo dificultan, empobrecen o impiden. Mi heroína se llamaba Emma Bovary, y cuando termine mi trabajo le haré llegar un ejemplar con la esperanza de que me suspenda el castigo que me infligió, me aleje de José Antonio Primo de Rivera y me ponga cerca de usted.

Beso su mano, si me lo permite, o, por lo menos, se lo estrecho afectuosamente. ■ MARIO VARGAS LLOSA.

(1) TRIUNFO, números 595 y 597.